

HOMILIA EN LA FIESTA VIRGEN DEL ROSARIO  
Mons. Rafael Zornoza, Obispo de Cádiz y Ceuta  
Cádiz, 7 octubre 2022

Excelentísimas autoridades, cabildos de la Ciudad, canónigos de la Catedral, P. Pascual, sacerdotes de Cádiz, hermanos de las HH. y CC. de Cádiz y especialmente los de la Archicofradía del Santísimo Rosario (algunos acabáis de recibir la medalla):

Un año más venimos gozosos a celebrar esta solemne función del Voto a la Virgen del Rosario, Patrona de Cádiz y Alcaldesa perpetua. La novena, la ofrenda floral, el pregón de ayer... no han hecho más que disponer nuestros corazones a esta prolongada alabanza y a la acción de gracias. Aquí estamos, Señora Nuestra, Virgen del Rosario, para expresarte nuestro amor y devoción.

Gracias, Sr. Deán, por renovar este voto que expresa el deseo de bien y de paz, de prosperidad y ayuda presente en el corazón de tantos gaditanos que miran a la Virgen María como su abogada e intercesora. Aquella intervención milagrosa de la Stma. Virgen del Rosario en las epidemias de fiebre amarilla de 1681 y 1730, por las que el Ayuntamiento tuvo a bien nombrarla Patrona y Protectora de la Ciudad de Cádiz, --patronazgo que concedió la Santa Sede, mediante bula otorgada y firmada por Pío IX, en 1867, siendo obispo de la ciudad Fray Félix— no hace más que constatar que esta ciudad es una demostración histórica de cómo Dios actúa en el mundo, cómo lo transforma actuando en los acontecimientos y en las personas cuando imploramos su ayuda con fe y abrimos con sinceridad nuestro corazón a la gracia. Sabemos bien que la fe puede actuar en la ciudad del hombre, en el mundo y, escuchando nuestras súplicas, cambiar nuestros corazones y hasta el curso de la historia.

La gente que afronta la vida con sacrificio cada día —y en especial cuantos sufren o están en dificultad, los enfermos, solos o empobrecidos— encuentra en María la fuerza para perseverar en el bien haciendo la voluntad de Dios sin ceder a componendas. Aquí, a los pies de María, las familias, los ancianos, los jóvenes y los niños, encuentran o refuerzan la alegría del amor, y experimentan que el amor a Dios y el amor al prójimo son inseparables. En la súplica y el ofrecimiento de nuestras personas a Dios vemos que la fuerza de la caridad es irresistible: el amor es lo que verdaderamente hace avanzar el mundo.

Dios es bueno con nosotros, nos ha dado una Madre que nos protege y cuida, que quiere renovar nuestra vida apelando con ternura a nuestras conciencias, colmando de agradecimiento y de caridad el corazón de las personas, porque sabe que el Señor espera de nosotros una respuesta de discípulos, de santos, una Alianza de amor eterno.

La Palabra de Dios que hemos escuchado lo afirma de modo bellissimo y convincente. El episodio de las bodas de Caná es, en efecto, «el primero de los signos» (*Jn 2, 11*), es decir, el primer milagro realizado por Jesús, con el cual Él manifestó su gloria en público, suscitando la fe de sus discípulos. Durante aquella fiesta de bodas faltó el vino, y María, la Madre de Jesús, lo hace notar a su Hijo que, por su mediación convierte el agua insípida en vino sabroso y abundante. Con este «signo», Jesús se revela como el Esposo mesiánico que vino a sellar con su pueblo la nueva y eterna Alianza, según las palabras de los profetas: «Como se regocija el

marido con su esposa, se regocija tu Dios contigo» (Is 62, 5). Este vino es símbolo de la alegría del amor; pero hace también referencia a la sangre que Jesús derramará al final, para sellar su pacto nupcial con la humanidad. Jesús realizó el primer signo de su misión en el mundo haciéndonos saber que viene a colmar al hombre con su presencia y amor, a darle la plena salvación que por sí solo no puede alcanzar. Aceptar este don, el don de la fe y la esperanza en Cristo, es lo que llena verdaderamente el corazón humano. Lo sabe quien tiene fe y vive en comunión con Él.

Esas bodas son un símbolo de la unión del Verbo de Dios con la humanidad, a la que entrega el riquísimo vino de su amor en abundancia, si cumplen ese “haced lo que Él os diga” (Jn 2, 5) promovido por María. En esta breve frase resuena el eco de lo que el pueblo de Israel respondió a Moisés cuando, de parte de Dios, pedía su asentimiento a la alianza del Sinaí: haremos todo lo que el Señor nos ha dicho (Cf. Ex 19, 8), aunque luego fueron infieles. La Iglesia es la esposa de Cristo Esposo, quien la hace santa y bella con su gracia. Sin embargo, esta esposa, formada por seres humanos, siempre necesita purificación y renovar su voto de fidelidad, como estamos haciendo hoy.

Desde los primeros momentos de la formación de la nueva familia de Jesús, la Virgen colabora con su Hijo. María esta siempre atenta a las necesidades de los demás. Su presencia al principio y al final de la vida pública de Jesús obedece a un designio divino. El Señor se dirige a Ella en Caná llamándola «Mujer», que presenta a María como la nueva Eva, madre en la fe de todos los creyentes, nuestra abogada y protectora. En Caná, pues, María advierte que su misión materna no se acaba en el plano natural: Dios cuenta con Ella para ser Madre espiritual de los discípulos de su Hijo, en los que desde este momento, gracias a su intervención cerca de Jesús, comienza a nacer la fe en el Mesías.

Aunque Jesús le recuerda que aún no ha llegado su hora, la hora de la Cruz y la Resurrección, las bodas de Dios con su pueblo han comenzado ya con su venida, y el Señor actúa. De este modo en nuestra historia presente irrumpe la promesa de la vida eterna, como lo experimentamos también en la Eucaristía: Jesús nos hace salir de nuestro tiempo y nos lanza a un encuentro con el que entramos en la eternidad. Una vez más Dios se derrocha a sí mismo, se nos da generosamente en su cuerpo y en su sangre, se regala excesivamente. También aquí María consigue el milagro del vino nuevo, que prefigura la Eucaristía, signo supremo de la presencia de su Hijo resucitado entre los discípulos.

Esta es la magnitud del amor que encontramos en el centro de la historia de la salvación: Dios que se derrocha a sí mismo por nosotros, miserables criaturas. El milagro de Caná es el signo de que ha comenzado la fiesta de Dios con la humanidad, su entregarse a sí mismo por los hombres. *“María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. Se pone “en medio”, o sea hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre, consciente de que como tal puede -más bien “tiene el derecho de”- hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres”* (Juan Pablo II, Litt. enc. *Redemptoris Mater*, 25-III-1987, n. 21). María hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre. María se revela en Caná de Galilea como Madre consciente de la misión de su Hijo, consciente de su potencia. Nosotros lo sabemos por experiencia porque siempre nos acogemos a su clemencia y protección, y ella nos consuela y escucha.

Invitemos siempre a Jesús y a María a los acontecimientos de nuestra vida, porque así viviremos un tiempo de gracia, de amor y de salvación. Sentemos a Jesús y a María a nuestra mesa, conversemos con Él, hagamos su voluntad aconsejados por María y viviremos el milagro de tenerle como huésped que transforma la existencia, da sentido al dolor y nos abre a la compasión. Dejad que María entre en las familias, que renueve el amor de los esposos, la inocencia de los niños, la ilusión de los jóvenes, y nos enseñe a amar, a hacer la voluntad de Dios, a vivir en libertad. Ella interviene para que no decaiga la alegría de todos y para ayudarnos en la dificultad.

Vivamos como elegidos, amados, revestidos de Dios, con compasión, humildad, paciencia y mansedumbre (cf. Col 3, 12-17), como nos exhorta San Pablo, alabando siempre a Dios y dando gracias, actuando el bien en su nombre.

Pidamos este año especialmente la paz para el mundo en guerra, y para que reine en el corazón de cada uno. Jesús, nacido de María Virgen, es el «Príncipe de la paz» (Is 9,5). Él es «nuestra paz»; vino para derribar el «muro de separación» que divide a los hombres y a los pueblos, es decir, «la enemistad» (Ef 2,14). "¡Dejemos entrar la paz de Cristo en nuestras vidas, en nuestras casas y en nuestros países!", repite el Papa Francisco. Desechemos de nosotros el espíritu de Caín, "*que mira a Abel no como a un hermano, sino como a un rival, y piensa en cómo eliminarlo*". "*Que un nuevo amanecer de esperanza despunte pronto sobre esta terrible noche de sufrimiento y de muerte*". Que con la paz recuperemos la convivencia, un tiempo próspero, el amor por la verdad y el bien común. Que el valor de la persona humana y su dignidad sea la columna que sostenga el gran edificio de la paz.

Recemos el Rosario. Recordemos los gozos que el Beato Fray Diego de Cádiz le dedicó: "*Cantemos con devoción a la que es de Dios Sagrario; Señora, por tu Rosario, logre yo mi salvación*". Es oración del corazón en la que la repetición del Avemaría orienta el pensamiento y el afecto hacia Cristo y, por tanto, se convierte en súplica confiada a su Madre, que es también nuestra Madre. Es oración que ayuda a meditar la Palabra de Dios, a asimilar la Comunión eucarística, según el modelo de María, que guardaba todo lo que Jesús hacía y decía en su corazón, y su misma presencia. Ave María tras Ave María intercedamos por todos, por los que sufren, por los que gobiernan, por los que ayudan y comparten, por los que hacen el bien, y por cada uno de nosotros. Oremos también ¡cómo no! por los difuntos: por nuestro querido obispo emérito D. Antonio Ceballos que en este mismo santuario oró por el pueblo gaditano; y por los canónigos P. José Carlos Muñoz y el P. José Manuel Daza, recientemente fallecidos; y por nuestro inolvidable Alfonso Caravaca, así como por los familiares y amigos de cada casa.

Que la Virgen santísima del Rosario vele sobre cada familia y sobre nuestra querida ciudad de Cádiz. NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, RUEGA POR NOSOTROS. Amen.